

Noción de Mesoamérica

Profesor Eduardo Téllez Lúgaro
Universidad de Concepción

Tras ser pronunciada por Paul Kirchhoff, la voz Mesoamérica alcanzó una esclarecida posición en el castellano, en los otros idiomas universales y en los dominios, siempre belicosos, de las ciencias sociales del Nuevo y Viejo Mundo.

Para el teutónico y quejoso profesor Kirchhoff, era esta una victoria pírrica. Esperaba mucho más de la conferencia que dio ante *Sociedad mexicana de antropología*, el 25 de enero de 1943, y se publicó rápidamente en *Acta americana*, ese mismo año. Al reeditarse “Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales”, mucho después, en un suplemento de *Tlatoani* (3, 1960), el gran polígrafo alemán se confesó desengañado. Advertía, pesaroso, un agudo contrasentido entre la buena acogida dada por ‘muchos’ al neologismo inventado por él y la pobre reacción científica que había suscitado. Se echaba de menos, escribió, una crítica edificante de esta propuesta conceptual y, peor, una tentativa seria por darle un empleo y un desarrollo metódico.

El tratamiento intenso, eximio incluso, que en todos estos años ha merecido la feliz terminología Mesoamérica y sus implicancias, deben considerarse una reparación de falta, en relación al reclamo amargo de Paul Kirchhoff y un tributo a su persona.

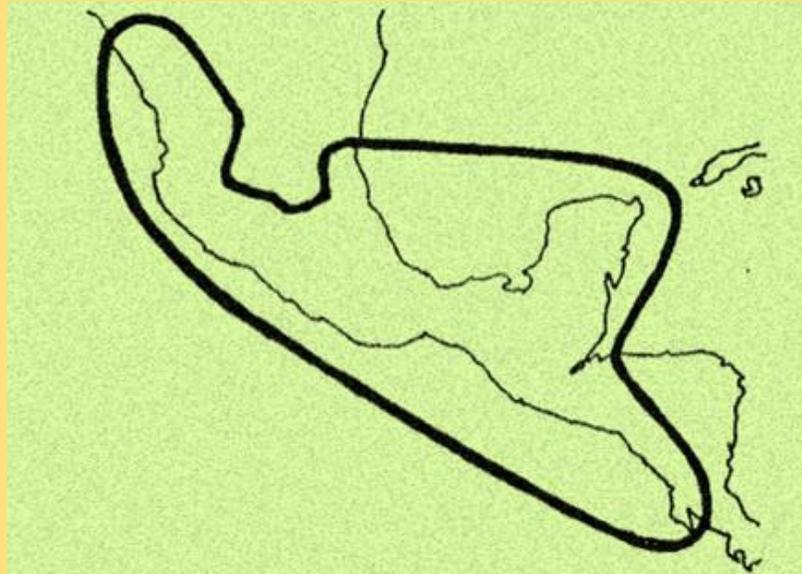
Para este, un difusionista extremista, según el mismo, Mesoamérica era un mega-complejo cultural delimitado, al norte, por una línea que coincidía con los sistemas hidrográficos de los ríos Pánuco, Lerma y Sinaloa, y, al sur, por una trayectoria que discurre desde el delta del río Motagua, pasa por el lago de Nicaragua y termina en el Golfo de Nicoya.

Como lo recalcará en 1960, al retomar la deliberación sobre los alcances del término que propusiera a la academia diecisiete años atrás, Mesoamérica componía

una superárea formada por migrantes diferentes entre sí que ingresaron al territorio en diferentes épocas y que al ingresar a la órbita estudiada, vivieron unidos por una historia común.

El conglomerado, en sí mismo, abarca la mitad austral de México, la plenitud de Guatemala, el Salvador y Belice, el occidente de Nicaragua y Honduras y el noroeste de Costa Rica. Sus fronteras, con todo, se prestan a discusión, en particular las del mediodía. Ángel Palerm acepta que el deslinde austral del área se hallaba en torno al grado 10 de latitud norte, y por el sureste alcanzaba el golfo de Nicoya. Con todo, desde este punto tomaba impulso hacia el noreste y

terminaba en la desembocadura del Ulúa, en el litoral caribeño de Honduras. Tal sería la auténtica frontera austral de Mesoamérica, de la cual queda excluida la fachada caribeña.



Mapa aportado por Kirchhoff (1960) con la delimitación exterior de la superárea mesoamericana (adaptación de E. Téllez)

Dentro de esta anonadante área de poco más de un millón de kilómetros cuadrados, la altitud impuso un ordenamiento físico dominado por fuertes contrapuntos. La fisiografía peculiar de Mesoamérica origina ‘tres tierras’ en las que la altura se conjuga con la variable térmica: *calientes* (desde el nivel del mar 1000 m. sobre este), *templadas* (entre 1000 y 2000 m.) y *frías* (por encima de la barrera de 2 mil m.). Estos tres horizontes orográficos y climatológicos diversificados, dan lugar a un cuadro excéntrico. En las altiplanicies, el caminante topa con despoblados estériles, valles copiosos que gozan del oportuno auxilio de lluvias estivales y serranías castigadas por la presencia hostil de un clima polar. En las selvas bajas del borde atlántico ese mismo transeúnte encontrará, en cambio, el imperio irrefutable de la selva pluvial (hasta 6 mil mm. anuales), con temperaturas habituales de 30 grados centígrados, y en las en zonas intermedias, ambientes mesotérmicos gratos a la existencia con su caricia templada. La costa pacífica es menos lluviosa – entre 1000 y 2000 mm. al año- y más estrecha que la de la fachada atlántica, debido a la contigüidad de los macizos montañosos, con una larga estación seca, monte bajo y alto (bosque caducifolio y semi-caducifolio, respectivamente) y gran acumulación de cenagales, marjales y pantanos, muy ricos en vida silvestre.

El panorama descrito ofrece un indicio en relación a cuáles de estos territorios diferenciados por la altitud requerían de una urgente agricultura de riego artificial para enfrentar el desafío de sostener mayor población o les bastaba adaptarse a los cultivos de temporal. Pese a ello, el cultivo del maíz, la planta económica por excelencia del indígena mesoamericano, merced a su ductilidad, se explotaba tanto en las elevadas mesetas del interior como en la selvática geografía ‘abajeña’, al nivel del mar; y con mayor razón en los pisos templados.

Los desniveles altitudinales, con sus particularidades climatéricas, tuvieron un impacto patente en las contingencias y límites de la civilización. En las regiones de montaña, digamos Oaxaca, o en la zona lacustre de México central y en las campiñas de Puebla y Morelos, la expansión del urbanismo y de la población radicada en las grandes ciudades, o alojada en su contorno -Teotihuacán, Tula, las urbes del Texcoco, Monte Albán, por decir algo- la vida civilizada se volvió factible por agencia de la agricultura hidráulica, en un medio parco de lluvias. En las costas selváticas borderizas al Caribe, v.gr., Veracruz y Tabasco, con exceso de aguaceros, el sistema preferente de cultivación fue el de tumba y quema, combinado con el de inundación, modalidad que estimulaba la dispersión de los asentamientos y las poblaciones, aminorando, con ello, el arraigo de metrópolis monumentales, no obstante que ciudades hubo con demografía respetable (Cempoala). Fuera de esto, la parte norte del Golfo se ve azotada cada tanto por intensos huracanes y la meridional por inundaciones, que imponen el uso de diques.

La falta de unidad geográfica iba escoltada por una gran heterogeneidad étnica y lingüística. A la variedad de pueblos se unía la diversidad oral. Originalmente Kirchhoff postuló, con vacilaciones, cinco divisiones etno-lingüísticas. Una de ellas correspondía a un conglomerado de tribus con idiomas aun no clasificados, en tanto, las cuatro divisiones restantes se distribuían variamente. Cada una de estas cuatro fracciones se correspondía con otras tantas identidades lingüísticas: i) la macro-mayense o zoque-maya; ii) ciertas unidades étnicas pertenecientes al gran grupo macro-otomangue; iii) las tribus nahuas y algunas de filiación uto-azteca, no bien conocidas por entonces; iv) los pueblos de las familias tlapaneca-subtiaba y tequisisteca que formaban parte del grupo hokano, propuesto por lingüista Edward Sapir.

De todas las familias inmersas el gran crisol mesoamericano -hizo notar- apenas unas pocas unidades pertenecientes a la lengua otomí se hallaban fuera del vaso contenedor. Dos grupos, el zoque-maya y el macro-otomangue, por el contrario, quedaban, por entero, dentro del mismo. Ciertos pueblos pertenecientes a estas dos últimas agrupaciones, junto a otros de la familia nahua, se distribuían con mucha soltura y amplitud sobre el espacio de la América media, de modo que podía encontrárselos, al mismo tiempo, ocupando las fronteras extremas -norte y sur- de esta. En el linde boreal del área mesoamericana, por ejemplo, el grupo zoque-maya estaría representado por los huastecas; el macro-otomangue por los otomí y el nahua por los cazcán y mexicas. En la frontera austral de la superárea, en cambio, el conjunto zoque-maya se relaciona con los cholchortí; el macro-otomangue con los chorotegas y el nahua con los nicarios.

A modo de hipótesis, podría suponerse que el dueto zoque-maya tendría un rol histórico mucho muy prolongado dentro la superárea, inclusive en su formación, a diferencia de las agrupaciones macro-otomangue y nahuas, de raíces más recientes en ella. Ahora sabemos que las

familias principales son, por parte baja, seis: otomangueana, totonaca, hokana, maya, uto-azteca y mixe-zoqueana, subdivididas, cada una, en muchas lenguas regionales y variables dialectales¹.

Pese a su distancia etno-lingüística, el compuesto humano de la América media compartía, de manera incuestionable, una extensa gama de atributos culturales, cuya distribución se circunscribe los paralelos 10 y 22 norte. Los pueblos mesoamericanos, por tanto, si se toman en cuenta solo estos elementos discretos, participaban de una clara homología cultural, no obstante sus diferencias étnicas, políticas, idiomáticas y geográficas.

"Mesoamérica"...fue un intento de señalar lo que tenían en común los pueblos y las culturas de una determinada parte del Continente Americano, y lo que los separaba de los demás. Para lograr este propósito me impuse la limitación de enumerar sólo aquellos rasgos culturales que eran propiedad exclusiva de esos pueblos, sin intentar hacer una caracterización de la totalidad de su vida cultural, acotó Kirchhoff, al revisar, mucho después, la tesis que defendiera en el 43.

Esos 'rasgos' eran:

Bastón plantador de cierta forma (coa); construcción de huertas ganando terreno a los lagos (chinampas); cultivo de chía y su uso para bebida y para aceite de dar lustre a pinturas; cultivo de maguey para aguamiel, arrope, pulque y papel; cultivo de cacao; molienda del maíz cocido con ceniza o cal. Balas de barro para cerbatanas, bezotes y otras chucherías de barro; pulimento de la obsidiana; espejos de pirita; tubos de cobre para horadar piedras; uso de pelo de conejo para decorar tejidos; espadas de palo con hojas de pedernal u obsidiana en los bordes (macuáhuil); corseletes estofados[acolchados] de algodón (ichcahuipilli); escudos con 2 manijas.

Turbantes; sandalias con talones; vestidos completos de una pieza para guerreros. Pirámides escalonadas; pisos de estuco; patios con anillos para el juego de pelota. Escritura jeroglífica: signos para números y valor relativo de estos según la posición; libros plegados estilo biombo; anales históricos y mapas. Año de 18 meses de 20 días, más 5 días adicionales; combinación de 20 signos y 13 números para formar un período de 260 días: combinación de los 2 períodos anteriores para formar un ciclo de 52 años; fiestas al final de ciertos períodos; días de buen o mal agüero; personas llamadas según el día de su nacimiento. Uso ritual de papel y hule; sacrificio de codornices; ciertas formas de sacrificio humano (quemar hombres vivos, bailar usando como vestido la piel de la víctima); ciertas formas de autosacrificio (sacarse sangre de la lengua, orejas, piernas, órganos sexuales); juego del volador; 13 como número ritual; una serie de deidades (Tlaloc, por ejemplo); concepto de varios ultramundos y de un viaje difícil a ellos; beber el agua en que se lavó al pariente muerto. Mercados especializados o subdivididos según especialidades; mercaderes que son a la vez espías: órdenes militares (caballeros águilas y tigres); guerras para conseguir víctimas que sacrificar".

La justificación profunda para fundar una superárea mesoamericana por parte de Kirchhoff, residía mayormente en esta evidente mancomunidad de caracteres culturales comunes, que, por otra parte, eran excluyentes respecto de otras áreas vecinas o lejanas. Dichas peculiaridades distinguían a sus poblaciones (componente antrópico), desde un punto de vista comparativo,

¹ Para tener una idea de esta heterogeneidad basta con verificar que la familia yuto-azteca agrupa un vasto contingente de exponentes idiomáticos: lenguas cochimiés, cora, eudeve, guarijío, huichol, pápago, pima bajo, pochuteco, mayo, náhuatl, ópata, tepehuán, tepecano, tarauhmara, tubar, yaqui. Otra familia, la otomangueana reunía lenguas como el amuzgo, cuicateco, chiapaneco, chinanteco, chiatino, chocho, ixcateco, otomí, matlazinca, mazateco, mazahua mixteco, nonaz, tlahuica, triqui, pame, papabuco, popoloca, solteco, taplaneco, zapoteco. Una auténtica Babel, como puede verse.

aunque ahistóricos –sin tomar en cuenta su desarrollo a lo largo del tiempo- lo cual explica su falta de profundidad cronológica.

Como sea, Kirchhoff tenía una idea incompleta y vaga sobre cuáles eran esas otras superáreas que permitieran establecer divergencias y conexiones con la mesoamericana. Reconocía, aunque con información muy imperfecta y trunca, las superáreas del Sureste y Suroeste, la Chibcha y las de Amazonía y Andes. Hoy se contemplan, aparte de Mesoamérica, veinte áreas culturales en la América indígena prehispánica. Solo a Norteamérica se le reconocen nueve. En Sudamérica se divisan no menos de ocho.

ELEMENTOS COMUNES A MESOAMÉRICA Y A OTRAS SUPERÁREAS CULTURALES DE AMÉRICA, Y ELEMENTOS SIGNIFICATIVOS POR SU AUSENCIA EN MESOAMÉRICA.

Elementos	Suroeste	Suroeste	Mesoamérica	Chibcha	Andes	Amazonia
Cultivo	*	*	*	*	*	*
Cerámica	*	*	*	*	*	*
Maíz	*	*	*	*	*	**
Frijol	*	*	*	*	*	**
Calabaza	*	*	*	*	*	*1
Sacrificio humano	*	f.	*	*	*	o
Batata	*	o	*	*	*	**
Carbutana	*	o	*	*	*	**
Trofeos de cabeza	*	o	*	*	*	*1
Canibalismo	*	o	*	*	o	*
Confesión	*	o	*	o	*	*1
Cultivo en manos de los hombres	o	*	*	*	*	o
Construcciones de piedra y barro	o	*	*	*	*	o
Sandalias	o	*	*	*	*	o
Algodón	o	*	*	*	*	*1
Terrazas para cultivo	o	o	*	*	*	o
Puentes colgantes	o	*	*	*	*	o
Balsas de calabazos	o	o	*	*	*	o
Yuca dulce	o	o	*	*	*	**
Chile (ají)	o	f.	*	*	*	**
Piña	o	o	*	*	*	**
Aguacate	o	o	*	*	*	*1
Papaya	o	o	*	*	*	**
Zapote	o	o	*	*	*	**
Spondia	o	o	*	*	*	**
"Jerro mudo" cebado	o	o	*	*	*	*1
Pano	o	o	*	*	*	*1
Escudos entretrojados	o	o	*	*	*	**
Picas	o	o	*	*	*	**
Metallurgia	o	o	*	*	*	**
Calfas empedradas	o	o	*	*	*	*1
Mercados	o	o	*	*	*	**
Clanes del tipo <i>Calpaulli-Ayllu</i>	o	o	*	o	*	o
Sacar corazón a hombres vivos	o	o	*	o	*	o
Rociar sanatorios con sangre	o	o	*	o	*	o
Aventador de osteria	o	o	*	o	o	*
Platones para cocer pan	o	o	*	o	o	*
Juego con pelota de bala	o	o	*	o	o	*
Tambor de madera con lengüetas	o	o	*	o	o	*
Adorno del borde de la oreja	*	o	o	*	o	o
Clanes matrilineales	*	*	o	*	o	**
Beber huesos molidos de parientes muertos	*	*	o	*	o	**
Armas envenenadas	o	*	o	*	o	*
Coca	o	o	o	*	*	o
Palmeras	o	o	o	*	*	*

* Presencia
o Ausencia
f. En el noroeste

Tabla comparativa de rasgos culturales mesoamericanos y otras áreas culturales. Tomada de la versión digital producida por la editorial "Por fin liebre. Ediciones digitales", México, 2009. **AMPLIAR.**